



Hay Que REDIMIR a los POBRES del CAMPO

TRISTES, macilentas, surcadas de privaciones y trabajos, las hemos visto desfilar el día 22 ante las cámaras de televisión: eran las caras de nuestros campesinos, que acudían, transidos de dolor y de ira, a declarar contra el ex-comandante Sosa Blanco.

Cortadas, estridentes, desmayadas... hemos escuchado sus voces: eran más bien gritos de angustia que expresiones articuladas.

Con tonos diferentes, todos eran iguales: todos llevaban la marca del atraso, del abandono, de la miseria en que nuestras familias del campo han vivido durante siglos.

Mucho es el papel que se ha entintado para señalar la pobreza del hombre de tierra adentro y proponer medidas redentoras. Pero cuando los habaneros vimos ese desfile fue como una punzante revelación; como si ahora nos viniéramos a dar cuenta de la penuria y la ignorancia en que vegeta.

Complacida detrás de su falsa fachada, la capital ignoraba en realidad el estado del interior. Todavía querrá seguir ignorándolo, porque no es una vista grata a los sentidos ni a la conciencia.

Pero, quiera que no, la capital, las capitales, tendrán que volver ahora la vista hacia el monje y examinar de cerca y con realismo los males que lo corroen.

Tendrán que ver esas primitivas chozas que se llaman bohíos y encontrar los medios de sustituirlas por casas decorosas e higiénicas en que los guajiros puedan vivir como seres de nuestro tiempo.

Precisará estudiar el estado de salud de sus moradores y resolver sobre la forma de exterminar el parasitismo, el paludismo, la tuberculosis, la gastroenteritis...

Habrà que estudiar la alimentación, el vestido, el calzado de la gente de campo y procurar con qué mejorarlos.





No habrá más remedio que ir, **sin utopías pero con decisión**, hacia una mejor distribución de la tierra y el empleo de medidas justas, pero enérgicas, para hacerla producir en bien del campesinado y de la nación entera.

Debemos abrir más caminos, aportar más vehículos, suministrar más y mejores instrumentos de cultivo.

Habrà que construir escuelas, muchas escuelas, todo a lo largo y a lo ancho de la Isla, y dotarlas de maestros y materiales adecuados. Y hacer de la escuela, no sólo un centro de instrucción, sino también un laboratorio de principios morales y patrióticos.

Tendremos que dictar leyes que impidan, para siempre, la explotación y el atropello del pobre por el rico, del débil por el poderoso, del desvalido por el influyente.

El nuevo régimen se halla en la obligación moral y material de salvar a los pobres del campo en un plazo revolucionariamente breve, y como una de sus más altas gestiones de gobierno.

No sólo por humanidad, sino por patriotismo, precisa sacar lo antes posible de la postración a esos hombres, esas mujeres y esos niños que constituyen la reserva constante de la nación.

Para siempre debe ser eliminado el hacinamiento y la promiscuidad, que son otras de las lacras

que minan el cuerpo y el alma de nuestra población rural.

No basta con garantizar a cada uno el disfrute mínimo del producto de su trabajo; hay que hacer que ese trabajo **rinda**. En otras palabras, hay que planificar e incrementar la producción.

Esta es una ocasión única en la historia de Cuba y debe ser aprovechada hasta el límite, empezando por la cura de aquellos males que tradicionalmente han venido aquejando el interior de la Isla.

Esos males en primer lugar económicos; en segundo lugar, educacionales, pero en la obra redentora no se pueden establecer jerarquías: la empresa debe ser total y radical, salvando cuantos escollos se peresenten en el camino.

Sería inconcebible que después de tanta sangre vertida, de tanta angustia pasada, de tanto dolor padecido no se usara esta coyuntura única para elevar el nivel moral, cultural y económico de todos nuestros moradores de potreros, colonias, haciendas, vegas, cafetales y sitierías. Fue el hombre del monte el que vino, fusil al hombro, a libertarnos de la opresión. Ahora toca a los nuevos mandatarios libertarlo a él de la miseria y el atraso que lo bruman.

Elevar y dignificar la familia campesina: he ahí la primera tarea de la nueva Cuba. El campo ha venido a la capital. ¡Corresponde ahora a la capital ir al campo!

